

nicero. Era más allá de los confines del Imperio visigodo donde reinaba con un globo de oro en la mano su abuelo Recesvinto. Fatigado trasponía las ciudades cultas, pobladas de hombres cultos, y pénétraba en las florestas que el mastodonte aún surcaba. Entre la húmeda espesura tropezaba con lejanos Ramires que cargaban, gruñendo, reses muertas, manojos de leña. Otros salían de cuevas humosas, mostrando los agudos dientes para sonreír al nieto que pasaba. Después, por tristes yermos, bajo tristes silencios, llegaba á una laguna, y á la vera del agua limosa, entre los juncales, un hombre monstruoso y peludo como una fiera, agachado en el lodo, partía con un hacha de piedra pedazos de carne humana. Era un Ramires. En el cielo ceniciento volaba el azor negro, y por entre la neblina de la laguna él veía en Santa María de Craquéde á la hermosa y perfumada doña Ana, y gritaba por encima de los imperios y de los tiempos: «¡Hallé mi abuelo carnicero!»

El domingo despertó Gonzalo con una «gran idea». No correría á Santa María de Craquéde con una puntualidad exacta, á las cinco marcadas en el *post-scriptum* de la prima María, mostrando su alborozo por encontrar á la tan bella y tan rica doña Ana Lucena, sino que á las seis, cuando terminase la romería de las señoras por los túmulos, aparecería él, indolentemente, como si, recogíendose de un paseo por las frescas cerca-

nías, recordase y parase en las ruinas para conversar con la prima María.

Á las cuatro, sin embargo, comenzó á vestirse con tanto esmero, que Benito, cansado de las corbatas que el señor doctor probaba y tiraba encima del diván, no se contuvo:

— Ponga la de seda blanca, señor doctor. Ponga la blanca, que le cae mejor, y refresca más con este calorazo.

Escogiendo flores para la americana, todavía tuvo el refinamiento de juntar un clavel amarillo con un clavel blanco, los colores heráldicos de los Ramires. Todavía en el portón, apenas montó en la yegua, temió que las señoras acortasen la visita no encontrándolo en el claustro; marchó al trote largo por el atajo de la Portella, y, al desembocar en la antigua carretera real, galopó impaciente ya por llegar.

Sólo volvió á su paso indiferente al acercarse á la línea férrea, donde un carro de leña y dos hombres esperaban delante de la cancela que se cerrara para el paso lento de un tren cargado de toneles. Uno de esos hombres era el mendigo que paseaba por aquellas aldeas la arrastrada majestad de sus barbazas de dios fluvial. Levantando gravemente el sombrero de grandes alas, deseó al hidalgo la compañía de Nuestro Señor.

— ¿Entonces, hoy ganando la vida por Craquéde?

— Por aquí me arrastro á veces cuando pasa

el tren de Oliveira, mi señor. Los pasajeros gustan de verme de pie sobre el talud; se asoman siempre á las ventanillas.

Gonzalo, riendo, recordó que el encuentro de aquel anciano precedía siempre á un encuentro con doña Ana. ¿Quién sabe?, pensó. Es tal vez el Destino. Los antiguos pintaban así al Destino, con largas barbas y larga cabellera y las alforjas al hombro, donde iban las suertes humanas; y, con efecto, al término del pinar silencioso que el sol de la tarde dulcemente doraba, vió el coche de la *Feitosa*, parado bajo un castaño, con el cochero, de negro, dormitando en el pescante. La carretera real de Oliveira bordea ahí el antiguo atrio del monasterio de Craquéde, quemado por el fuego del cielo en aquella airada tempestad que llaman de *San Sebastián* y que aterró á Portugal en 1616. Una hierba crecida y verde alfombra el suelo, entre los poderosos troncos de los castaños viejísimos. La iglesiuca nueva albea, bien encalada al fondo del arbolado; y llena todavía magníficamente el cielo lustroso la fachada de la iglesia del vetusto monasterio, suavemente amarillenta y bruñida por los tiempos, sin puertas, vacíos los nichos de enterramiento, donde en otros días se estiraban las imágenes de los fundadores, Froylas Ramires y su mujer Estevanilla, condesa de Orgaz, por mal nombre la *Queixaperra*. Hay dos casas térreas en el lado derecho del atrio; una limpia, con los marcos de las

ventanas pintados de un azul estridente; otra desierta, casi sin tejado, ahogaba bajo la verdura bravía donde los girasoles resplandecen. Un pensativo silencio envuelve el arbolado y las altivas ruinas, y ni lo alteraba, antes serenamente lo embellecía, el susurro de una fuente que el estío adelgazó en hilo lento, y apenas llenaba una taza de piedra entoldada por el pálido y ralo follaje de un llorón muy alto.

Al divisar al hidalgo el lacayo de la *Feitosa*, se levantó para asegurarle la yegua, y Gonzalo, que desde pequeño no penetraba en las ruinas de Craquéde, seguía por una senda cortada en la hierba, atentamente encantado con aquella romántica soledad de leyenda y de verso, cuando, bajo el arco del portal, aparecieron las dos señoras volviendo del claustro viejo. Doña María de Mendoza, con su peculiar vivacidad, agitó la sombrilla, de la misma tela que el vestido, cuyas mangas, ahuecándose desmedidamente en los hombros, le aumentaban más su elegancia de mujer flaca. A su lado estaba doña Ana, una silenciosa y esbelta forma negra, de lana negra y de sombrilla negra, donde apenas aparecía, suavizada bajo el velo negro, la blancura espléndida de su faz sensual.

Gonzalo corrió, quitándose el sombrero de paja, balbuceando su «placer por aquel encuentro». Pero ya la Mendoza le reprendía, sin consentir la fábula del encuentro:

— Primo, usted no es nada amable, nada amable. Sabía que veníamos, por mi carta, y ni está aquí para hacer los honores.

Él, riendo con su peculiar desembarazo, negó ese deber. Aquella casa no era suya, sino de Dios. Á Dios competía hacer los honores y acoger á tan dulces romeras con algún amable milagro.

— Y qué, ¿les gusta esto? Es muy interesante, ¿no es verdad?

Á través del velo, con una lentitud que la espesa puntilla negra hacía más grave, doña Ana murmuró:

— Yo ya las conocía. Vine aquí una tarde con el pobre Sanches, que Dios haya.

Aquella evocación del pobre muerto ocultó la sonrisa de Gonzalo bajo una elegante tristeza. Doña María disipó la sombra inoportuna:

— Es admirable todo el claustro. Aquella espada encima del túmulo, es interesante. No hay nada que me impresione como estas cosas antiguas. ¡Y pensar que están allí antepasados nuestros!

La sonrisa de Gonzalo apareció de nuevo alegre y acogedora, como siempre que doña María se empujaba con desesperada gula hacia dentro de la Casa de Ramires. ¡Oh antepasados!... ¡Simples puñados de ceniza vanal! ¿No es verdad, señora doña Ana? Realmente, ¿quién concebiría que la prima Mendoza, tan viva, tan sociable, tan guapa, descendiese de una polvareda tristonera

guardada dentro de una pila de piedra? No, no se podía ligar tanto *ser* á tanto *no ser*. . . Y doña Ana sonreíase en una vaga concordancia, apoyando las dos manos, fuertes y muy apretadas en los guantes negros, en el puño de la sombrilla.

— Vuestra excelencia estará tal vez cansada — murmuró Gonzalo.

— No, no estoy cansada. Todavía vamos á entrar en la capilla un instante. . .

Figuróse Gonzalo que la voz de la hermosa criatura no era ya tan gruesa y que se afinaba velada por el luto, como esos rodantes y gemebundos rumores que la noche y el arbolado adelgazan. Doña María confesó su inmenso cansancio. Nada la rendía tanto como visitar curiosidades.

— ¡Si nos sentásemos en aquel banco! Es muy temprano para recogernos, ¿no es verdad, Anita? ¡Y es tan agradable esta frescura!

Era un banco de piedra, en torno al cual la hierba crecía más silvestre y florida. Un aroma fino de algún jazminero enmarañado en la hiedra erraba perfumando la serena tarde, y en la rama de un álamo, frente al portón de la capilla, un mirlo cantó dos veces. Gonzalo sacudió cuidadosamente con el pañuelo todo el banco, y sentado junto á doña María, alabó también la frescura y el recogimiento de aquel rincón de Craquéde. Él, sin embargo, nunca se aprovechó de refugio tan santo y casi suyo, ni siquiera para un almuerzo bucólico; pero ahora volvería á menu-

do á revolver ideas de paz bajo la paz de los castaños, en la vecindad de los abuelos muertos.

— Prima — preguntó Gonzalo con curiosidad —, ¿y el subterráneo?

¡Oh, no existía subterráneo! Sí existía; pero atestado de piedras, sin sepulturas, sin antigüedades, y el sacristán les había asegurado que «no valía la pena de ensuciarse las sayas».

— Oye, Anita, ¿diste algo al sacristán?

— Sí, mujer, dile dos pesetas. No sé si fué bastante.

Gonzalo aseguró que le había pagado suntuosamente, y si previese él tamaña generosidad, hubiese cogido el manojito de llaves y hasta se hubiese puesto una sotana para ganarse tal propina.

— Pues es lo que debía haber hecho — exclamó doña María — y se le hubieran dado las dos pesetas. Porque siempre estaría más enterado que el hombrecillo aquel, que no sabía nada. ¡Semejante animal! Yo, con toda curiosidad por aquel túmulo abierto con la tapa rota... y el sacristán sólo supo rezongar «que eran historias muy antiguas allá del hidalgo de la Torre...»

Gonzalo reía.

— Pues esa historia la sé yo ahora por casualidad, prima María. La sé por el *Fado de los Ramires*, el fado de Videiriña.

Doña María Mendoza levantó las manos al cielo, protestando contra aquella indiferencia por

las tradiciones heroicas de la casa. ¡Conocer los anales desde que andaban en un fado! ¿No se avergonzaba el primo Gonzalo?

— Pero ¿por qué, prima, por qué? El fado de Videiriña está fundado en documentos auténticos que el Padre Sueiro estudió. Toda la parte histórica es del Padre Sueiro. Videiriña sólo pone las rimas. Además de eso, antiguamente, prima, la historia era perpetuada en verso y cantada á son de lira... En fin, ¿quiere saber lo del túmulo abierto, según las estancias de Videiriña? Yo lo cuento, pero sólo para doña Ana, que no sufre esos escrúpulos.

— No — acudió doña María —. Si Videiriña tiene esa autoridad histórica, cuente también para mí, que soy de la casa.

— Pues es el caso que en ese túmulo habitaba, naturalmente, muerto, uno de mis abuelos. No recuerdo el nombre, Gutierres ó Lopo. Creo que Gutierres. En fin, allí yacía cuando la batalla de las Navas de Tolosa. La prima María conoce la batalla de las Navas, los cinco reyes moros, etcétera. Cómo el tal Gutierres supo de la batalla, no lo cuentan los versos de Videiriña. Mas, apenas allá dentro lo olió, derriba el túmulo, sale de él como un desesperado, desentierra su caballo, que fué enterrado en el atrio donde ahora crecen estos castaños, monta armado en él y, caballero muerto sobre caballo muerto, marcha á galope á través de España, llega á las Navas,

requiere la espada y destroza á los moros. ¿Qué le parece, señora doña Ana?

Había dedicado la historia á doña Ana, buscando en sus bellos ojos atención é interés, y ella, que á hurtadillas, á través del decoro melancólico en que se esforzaba, sonreía apenas, murmuró: «Tiene gracia». Doña María casi se desmayó sobre el banco de piedra, extasiada: «¡Lindo, lindo! ¡Qué poesía! ¡Oh, es una leyenda deliciosa!»

Y para que Gonzalo desarrollase todavía la gracia de su decir en otras maravillas de su crónica, añadió:

— Cuento, primo, cuente. ¿Y volvió á Craquéde ese tío Ramires?

— ¿Quién, prima, Gutierres? Fué para siempre. Apenas se encontró libre de la sepultura, no volvió más á Santa María de Craquéde. El túmulo quedó vacío como está, y él en correría heroica por España. Imagine si un difunto que por milagro sale del sepulcro de aquella postura eterna, tan molesta, va á volver. . .

Súbitamente enmudeció, recordando á Sanches Lucena, también estirado en su féretro bajo su vistoso panteón de Oliveira. Doña Ana bajó la faz más sumida en el velo, agujereando la hierba con la punta de su sombrilla, y doña María, para deshacer la sombra impertinente que de nuevo los rozara, curioseó algo, que todavía se encadenaba con la nobleza de los Ramires:

— Siempre me olvido de preguntarle. El primo tiene todavía muchos parientes en Francia. Tal vez no sepa nada.

Sí; Gonzalo conocía casualmente esa historia de sus parientes de Francia, á pesar de que Videiriña no los cantó en el *Fado*.

— Entonces, cuente. Pero que sea historia alegre.

Era una historia prodigiosamente divertida. Un abuelo Ramires, García Ramires, acompañó en sus famosas jornadas al infante don Pedro, el hijo del rey Don Juan I. El infante don Pedro, el que corrió las siete partidas del mundo. Pues el infante don Pedro y sus hidalgos, de vuelta de Palestina, pasaron un año entero en Flandes con el duque de Borgoña. Hasta se celebraron entonces fiestas maravillosas, con un banquete que duró siete días (y que puede leerse en los compendios de la Historia de Francia), donde hubo danzas y amores. El abuelo Ramires tenía imaginación y arrojo. Él fué quien delante de Jerusalén, en el Valle de Josafat, recordó que se levantase una señal para que el infante y sus compañeros de romería se reconociesen en el día del Juicio. Además era un bello mocetón, de barba negra, cerrada, á la portuguesa. En fin, se casó con una hermana del duque de Cleves, una señora, sobrina del duque de Borgoña y Brabante. Más tarde, una abuela Ramires, ya viuda, casó también en Francia con el conde de Tancarville.

Esos Tancarvilles poseían el más formidable castillo de Europa, y . . .

Doña María batió palmas riendo.

— ¡Bravo! Y eso que el primo se las echa de no saber nada de hidalguías. Mire cómo conoce al detalle la historia de esos grandes casamientos. ¡Eh, Anita! Es una crónica viva.

Gonzalo movió los hombros, confesando que se ocupó de toda esa heráldica historia por un motivo bien rastrero, por miseria.

— ¿Por miseria?

— Sí, prima María, por penuria de moneda.

— Cuento, cuento, que Anita está ansiosa.

— Pues fué en Coimbra. Los compañeros y yo llegamos á no juntar una peseta entre todos. Ni para cigarros. Ni para el sagrado decilitro de vino y las aceitunas indispensables. Uno de ellos, rapaz muy gracioso, de Melgazo, salio con la idea estupenda de que yo escribiese á mis parientes de Francia, á esos Cleves, á esos Tancarvilles, señores de cierto inmensamente ricos, y solicitase un empréstito de trescientos francos.

Doña Ana sonrió sinceramente divertida.

— ¡Tiene mucha gracia!

— Pero no tuvo resultado, señora mía. Ya no existen Cleves ni Tancarvilles. Todas esas grandes familias feudales terminaron y se fundieron en otras casas, y el padre Sueiro, á pesar de su saber genealógico, nunca consiguió descubrir quién las representaba con bastante afinidad

para prestarme á mí, pariente pobre de Portugal, trescientos francos.

Aquella penuria de Gonzalo, de tamaño hidalgo, casi enterneció á doña Ana.

— Mira que estar sin una peseta. . . ¡Quién lo supiese! . . . Pero tiene gracia. Esas historias de Coimbra siempre tienen mucha gracia. Don Juan Pedrosa, en Lisboa, también cuenta muchas.

Doña María Mendoza, á través de esas hazñas de estudiantes, descubrió otra prueba inesperada de la grandeza de los Ramires. É inmediatamente la expuso ante doña Ana con habilidad.

— Ahora vean ustedes. Todas esas grandes casas de Francia, tan ricas, tan poderosas, acabaron, desaparecieron, y aquí, en nuestro Portugal, aún dura la casa de Ramires.

— Acaba ahora, prima—contestó Gonzalo.— No mire para mí espantada. Acaba ahora, porque yo no me caso.

Entonces doña María Mendoza echóse hacia atrás, como si ese casamiento del primo dependiese de dulces influencias, sin Marias Mendozas de por medio en el estrecho banco, con grandes mangas, impidiendo las corrientes de efluvios amorosos. Y sonreía casi lánguidamente.

— ¿No se casa? ¿Por qué, primo, por qué?

— Porque no tengo genio, prima. El casamiento es un arte muy delicado, que necesita vocación, genio especial. Las hadas no me con-

cedieron ese genio, y si me dedicase á semejante obra, ¡ay de mí!, seguramente la estropeaba.

Doña Ana sacó, como si otra idea la ocupara, el reloj. Doña María rechazaba los motivos del hidalgo.

— Son tonterías. El primo, que gusta tanto de los niños. . .

— Gusto mucho de los niños, hasta de los de mantillas. Los niños son los únicos seres divinos que nuestra pobre humanidad conoce. Los otros ángeles, los de alas, nunca aparecen. Los santos, después de santos, quedan en la bienaventuranza y nadie más los divisa, y para concebir una idea de las cosas del cielo sólo tenemos á los niños. Sí, prima, gusto mucho de los niños. Pero también gusto de las flores y no soy jardinero ni tengo aptitudes para la jardinería.

Doña María, con un brillo singular en la mirada prometedor, contestó á su primo:

— Sosiéguese, que todavía va á aprender.

Después, mirando á doña Ana, que se olvidara en la contemplación del reloj:

— ¿Va siendo hora? Entonces, si quieres, entremos en la capilla. Primo, vea si está abierta.

Gonzalo corrió y empujó la puerta de la capilla. Después acompañó á las dos señoras por la pequeña nave, entre delgados pilares recubiertos de una cal áspera y cruda, guarnecidos en su desnudez por litografías de santos dentro de marcos de pino. Delante del altar se arrodilla-

ron las señoras: la prima María enterrando la faz en las manos juntas como en un vaso de piedad. Gonzalo dobló la rodilla ligeramente, rezando un *Avemaría*.

Después volvió hacia el atrio, encendió un cigarro, y pisando lentamente la hierba, consideraba cuánto embellecía la viudez á doña Ana. Bajo la negrura del luto, como en una penumbra que esfuma la grosera deselegancia de las cosas, todos sus defectos se fundían; los defectos que tanto le horripilaban en la tarde de *Bica-Santa*: el rodar grueso de la voz, el pecho empinado, la ostentación de burguesa rica, pingüemente instalada en la vida. Ni siquiera decía «el caballero», y allí, en el atrio melancólico de Craquéde, parecía interesante y deseable.

Las señoras bajaban los dos escalones de la capilla. Un mirlo cantó entre el ramaje de los álamos, y Gonzalo encontróse con el brillo de los ojos de doña Ana, que lo buscaban.

— Pídoles perdón por no haberles ofrecido agua bendita á la salida; pero la concha está seca. . .

— ¡Jesús, primo, qué iglesia tan fea!

Doña Ana murmuró con timidez:

— Después de las ruinas y de los túmulos, hasta parece esa iglesia poco religiosa.

La observación impresionó á Gonzalo como muy fina, y junto á ella, acertando los pasos con agrado, sentía, esparcido por sus movimientos,

por el rozar de su vestido, un aroma también fino, que no era el de la horrenda agua de Colonia de la botica Pires. En silencio, bajo el ramaje de los castaños, caminaron hacia el coche, donde el cochero esperaba bien estirado, quitándose el sombrero. Gonzalo notó que se había afeitado el bigote, y que el tronco relucía con sus arreos nuevos.

— ¿Prima María, todavía se detiene por estos sitios?

— Sí, primo, unos quince días más. Anita es tan amable, que quiso que trajese los niños. Lo que se han divertido en la quinta no es para contado.

Doña Ana murmuró, siempre seria:

— Son muy monos, hacen mucha compañía. Yo también gusto mucho de los niños.

— ¡Ay, Anita adora á los niños! — añadió doña María —. Hasta juega con ellos.

Cerca del coche, pensó Gonzalo que otra vuelta por el atrio con doña Ana y su fino aroma sería dulce en aquel sosiego de la tarde que terminaba, teñida de tan lindos colores de rosa sobre los pinares oscurecidos. Pero ya el lacayo se acercaba asegurando su yegua, y doña María, después de admirar y acariciar la yegua, llamó al primo discretamente para saber la distancia de la *Feitosa* á Treixedo, la otra quinta histórica de los Ramires.

— ¿Á Treixedo, prima? — preguntó Gonzalo —. Cinco leguas por malos caminos.

É inmediatamente se arrepintió, entreviendo un nuevo encuentro:

— Pero en la carretera hicieron últimamente obras y es muy bonito sitio, en un alto, con murallas aún. Treixedo era un castillo enorme. En la quinta hay una laguna entre el arbolado antiguo. Sitio delicioso para un *pic-nic*.

Doña María replicó:

— Es un poco lejos; veremos.

Y como doña Ana esperaba en silencio, Gonzalo abrió la portezuela, tomando al lacayo las riendas de la yegua. Doña María Mendoza sacudió ardientemente la mano del primo, jurando «que iba apasionada por Craquéde». Doña Ana apenas rozó los dedos de Gonzalo.

Solo, con la rienda en el brazo, Gonzalo sonreía. En verdad, esta tarde no le desagradó doña Ana. Tenía otros modos, otra gravedad, otra dulzura en su poderosa belleza de Venus rural, y aquella observación sobre la capilla «poco religiosa», después de las ruinas seculares del claustro, era una fina observación. ¿Quién sabe? Tal vez, bajo carne tan sensual, se escondiese una naturaleza delicada. Tal vez la influencia de otro hombre que no fuese el estupidísimo Sanches desenvolvese en la hija espléndida del carnicero cualidades de superior encanto. ¡Oh!, evidentemente, la observación sobre los tómulos y su religiosidad, emanando de la leyenda y de la Historia, era fina, evidentemente fina.



Tomóle entonces también la curiosidad de visitar ese claustro, donde no había entrado desde pequeño, cuando todavía en la Torre había carruajes, y la romántica miss Rhodes escogía siempre el paseo de Craquéde para las tardes pensativas de otoño. Ató la yegua y atravesó el espacio descubierto que fué nave, lleno de caliza y de piedras despegadas de la bóveda, y ahogadas por hierbas bravías, y por la brecha de un muro al que todavía se amparaba un pedazo de altar, penetró en la silenciosa cripta alfonsina. Quedaban de ella tan sólo dos arcadas en ángulo sobre rudos pilares, pavimentadas de poderosas losas, que el sacristán barrió aquella mañana, y contra el muro donde las rígidas nervaduras diseñaban otros arcos, estaban los siete inmensos túmulos de los antiquísimos Ramires, denegridos, lisos, sin una labor, como toscas arcas de granito, algunos pesadamente enclavados en las losas, otros reposando sobre bolas que los siglos desgastaron. Gonzalo recordaba los tiempos en que por allí pululaban él y Graciña, mientras en el patio del claustro, entre las pilastras y la verdura de las ruinas, la buena miss Rhodes buscaba florecillas silvestres. Sobre el más vasto túmulo negreaba la espada, la famosa espada, con su cadena de hierro pendiendo del puño y la hoja con la herrumbre de las edades. Sobre otro ardía la lámpara, la extraña lámpara morisca, que no se había apagado desde la tar-

de remota en que algún monje, con una antorcha, la encendió silenciosamente. ¿Cuándo se encendió la eterna lámpara? ¿Qué Ramires yacería en esos cofres de granito, á los que el tiempo raspó las inscripciones y las fechas, para que en ellas toda la historia se sumiese y más obscuramente se volviesen en leve polvo sin nombre aquellos hombres de orgullo y de fuerza? En un rincón del claustro estaba el túmulo abierto, y al lado, en dos pedazos, estaba la tapa que el esqueleto de Lopo Ramires derribó para correr á las Navas de Tolosa á batir á cinco reyes moros. En un rincón de la honda arca blanqueaba un montón de huesos limpios. ¿Olvidó el viejo Lopo en su empresa heroica esos pocos huesos ya despegados de su esqueleto?... El crepúsculo cerraba, y con él bajaba una melancólica sombra que se adensaba bajo las bóvedas de la cripta, y cubría de tristeza muerta aquella mansión de muertos. Entonces sintió Gonzalo la desolada soledad que lo envolvía y lo separaba de la vida, sin socorro entre el polvo y el alma errante de sus abuelos temerosos, y de repente se estremeció, temiendo que otra tapa se levantara con fragor, y detrás de ella surgieran lívidos dedos sin carne. Fué en busca de la yegua, trotó desesperadamente por el atrio silencioso y sólo se calmó al ver en el fondo del pinar la cancela del camino de hierro abierta, y una vieja que pasaba arreando un burro cargado de hierba.